



## LA BEATIFICACION DE ROOSEVELT

Ante la perplejidad del mundo ha muerto Roosevelt. Nuestro juicio sobre él está suficientemente señalado por nuestra posición, harto conocida.

Ante su tumba, recién sellada, nosotros que estamos en las antipodas de la causa por la cual él bregó, podemos sin embargo reconocer y admirar las grandes cualidades personales que puso al servicio de una causa que reputamos justa; podemos también desear que el Señor que conoce los caminos de cada uno de los hombres, le haya acordado la paz final de su gracia, a pesar de que marchaba fuera de la Verdad católica que únicamente salva; podemos finalmente orar por su alma, por si pudieran serle útiles nuestras oraciones. Todo ello es lícito y respetable.

Creemos también que es perfectamente consecuente que los americanos del Norte, con todos los cuantiosos intereses universales a ellos vinculados, lloren la pérdida del hombre que fué paladín del imperialismo más totalitario de cuantos, hasta este momento ha conocido la historia. En esta perspectiva, tampoco puede regatearse grandeza al hombre que encarnó, bajo las apariencias de una pobreza puritana, el más fantástico poderío de mando de la tierra.

Admitimos por lo mismo que todos aquellos que — sin duda equivocados unos, de mala fe otros — han cifrado en el ideal que él encarnó la recta concepción de vida universal humana, rindan homenaje de admiración ante sus restos mortales; también admitimos que como a jefe de una nación poderosa de la tierra se le rindan las más cuápidas muestras de civilidad que se acostumbra, en estas circunstancias, por los otros jefes de las naciones. Nada más justo enton-

ces y ajustado al protocolo que el cordial mensaje de dolor enviado por S. S. Pío XII, con este motivo, al Presidente Truman. Aún puede concederse más; y es que un gobierno como el nuestro, que por imperio de la Constitución se confiesa católico, mande celebrar un oficio propiciatorio como acto que reviste carácter de honra civil, prestada por la nación. A la autoridad religiosa competente le toca medir las razones que puedan persuadir su realización.

Pero lo que no puede admitirse, bajo ningún punto de vista, es que se pretenda discernirle muestras religiosas del culto católico. Sabido es, en efecto, que Roosevelt era hereje, de filiación calvinista. Y la Iglesia tiene severas disposiciones respecto a las honras fúnebres de los herejes. El canon 1240 del Derecho Canónico, en vigor en toda la Iglesia Universal establece taxativamente: "Son privados de sepultura eclesiástica, si antes de su muerte no hubieran dado señales de penitencia: 1º Los notorios apóstatas de la fe cristiana, o los notoriamente adictos a una secta herética o cismática o masónica o sociedades de este género". Y el canon 1241 estatuye: "A aquel que fué excluido de la sepultura eclesiástica, se le ha de negar también cualquier misa exequial, aun aniversaria, y todos los otros públicos oficios fúnebres". Tan severa es esta disposición que no dudan los teólogos en enseñar la obligatoriedad grave de estos cánones.

A la luz de estos cánones han de medirse los homenajes religiosos que le han sido tributados en la Iglesia de San Miguel y que por las circunstancias como se han desarrollado revisten las características de un cul-

to perfectamente cismático. Allí, en efecto, se han dado cita, atraídos por un vínculo común de fervorosa religiosidad, católicos, protestantes, judíos y ateos, ¿cuál era ese lazo común que los hacía sentirse unidos, en un templo católico, presididos por un obispo, a personas de tan diversas religiones y aún a las que no profesan ninguna? La nueva religión que adora al dios-libertad y al dios-democracia.

Si alguien abriga dudas al respecto no tiene más que leer el discurso que, después del evangelio, pronunció Monseñor Edwin Vincent O'Hara, obispo de Kansas City.

"El Sr. Roosevelt —dijo— dió la nota con la cual las conciencias de todos los hombres libres vibraron en consonancia cuando declaró que el propósito de su patria era la libertad de palabra; la libertad para la religión, la libertad respecto a la miseria y el temor"... "Como lo aseguró a los obispos católicos de los Estados Unidos, abrigaba esperanzas de que se constituyeran fundamentos para una paz mundial, en que todas las naciones y pueblos, grandes y chicos, estuviesen unidos en el espíritu de Jesucristo"...

Pero, ¿este espíritu de Jesucristo en el cual van a conulgar todas las naciones y pueblos, es el que está únicamente en la Iglesia una, santa, católica y romana, o es otro común a católicos, herejes, infieles y ateos, vinculados en la común profesión de Libertad y Democracia? La primero no podría ser porque la intransigencia de la Verdad católica que únicamente salva, se opone a que en una misma sociedad estén mezclados la verdad y el error, la afirmación y la negación, Cristo y Belial. Si la segunda tenemos entonces que, por encima de la Iglesia católica, hay una verdad que salva y une a

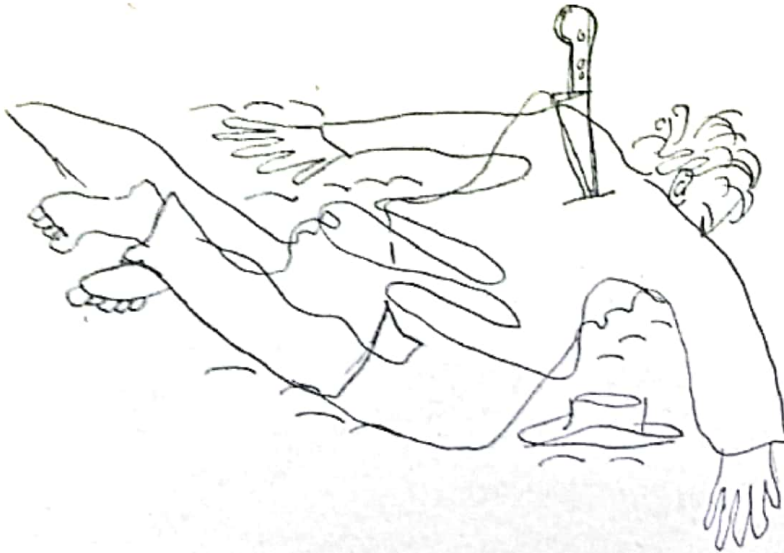
NUESTRO TIEMPO: La beatificación de Roosevelt. — El muerto no falta a la cita. — CARLOS ORRIGADO: Ausencia. — RUIO MEINDELLE: Sin la Iglesia, no puede haber verdadera civilización. — SANTIAGO DE ESTRADA: San

30

Hermenegilda. — CARLOS DISANDRO: La vida intelectual y la liturgia. — D. D. F.: Hermenegilda prácticas. — Documentos. — JEAN ANTONIO BALLESTER PEÑA: Dibujos para una novela policial.



# SIN LA IGLESIA, NO PUEDE HABER



En los dos últimos artículos expuse cómo en el desarrollo de la civilización cristiana, hay que tener presente la acción continuada del gran Seductor quien trabaja, desde el comienzo como homicida, en la tarea de perder esta misma civilización. Y recién ha logrado verdadero éxito cuando ha llegado a conseguir la apostasía de pueblos rectores que como Inglaterra y Francia se han constituido en el comando del mundo.

Hacíamos notar también que, al substraer los pueblos a la influencia de la Iglesia no aparecían una sino dos formas de convivencia humana, la una pagana, representada en la línea del luterano-nazismo y la otra judaica, que se actualiza en el proceso histórico de una sociedad puritano-calvinista que continúa por el liberalismo y termina en el comunismo.

La civilización cristiana no tiene entonces que enfrentar un único enemigo que es el inoporgani-mo sino además otro más universal y terrible que es la judaización de los pueblos y que, bajo la hipérita máscara de libertad y democracia, se apresta para la dominación tiránica de toda la superficie del globo. Los acontecimientos se precipitan vertiginosamente y si Dios, cuyos designios nos son inexcrutables, no interviene con providencia especial, los pueblos han de conocer una terrible y universal esclavitud, impuesta por los magnates mundiales de la libertad y de la democracia.

Esta reflexión nos conduce derechamente al tema de hoy que es de extraordinaria importancia: al substraerse a la influencia de la Iglesia los pueblos también se degradan y entran en una convivencia *infracivilizada*. Sin la Iglesia no puede existir verdadera civilización. Con ello queremos significar que los pueblos como Prusia, Rusia, Estados Unidos, Inglaterra y la Francia revolucionaria llevan una vida *infracivilizada*, a pesar del poderío material o del refinamiento de que puedan ufanarse y que utilizan para opresión de la humanidad.

## Concepto de la civilización

Cuando se ha perdido el sentido de la vida del hombre, su origen y destino, no se puede sino divazar sobre el concepto de civilización y

caer en la aberración de medir su valor y fuerza por el grado de utilización de las energías naturales, como nuestro Sarmiento que motejó de barbarie todo lo que a eso no condujera. La civilización hay que medirla en función del hombre. Y no precisamente por la relación que éste pudiera tener con los elementos de la naturaleza, que por mucho que logre dominarlos pueden volverse contra él y destruirlo si no logra dominarlos, sino por su relación con sus semejantes. La civilización se mide por las posibilidades de la convivencia humana. Hay civilización en la medida en que los hombres pueden convivir como tales en una comunidad, esto es, considerándose mutuamente como *sujetos* —diríamos *personas humanas* si una filosofía pedantesca no hubiera vuelto odioso este término— entre los que debe existir una mutua dación de bienes espirituales y materiales.

La civilización se quebranta en la medida en que un hombre o grupo de hombres se constituye en único sujeto de la vida social y mira a los demás como objetos de satisfacción que han de llenar sus necesidades. Se ha roto entonces la posibilidad misma de comunicación, la cual importa una reciprocidad de servicios, una igualdad entre lo que se da y lo que se recibe. Cuando sólo se recibe y nada se da la comunicación se rompe y la civilización desaparece ante la esclavitud, que es la explotación del hombre por el hombre. Esclavitud que se verifica no por *servir* sino por *servir sin* la correspondiente contraparte de otro proporcional servicio.

La idea de civilización está vinculada a la de *prójimo* que tiene la gran ventaja de expresar la mutua comunicación de bienes y servicios entre los hombres, en razón de ser hombres y de acuerdo a una jerarquía de proximidad. Porque en efecto, se puede llevar el concepto de prójimo sólo hasta una esfera restringida que alcance a los de la propia familia, grupo, nación, raza, cultura —y en ello puede incurrir un racismo o nacionalismo exagerado en detrimento de la humanidad— o se puede, en cambio, negar la *proximidad* e intentar aplicar *igualmente* las muestras de civilidad a todos los hombres, sin dar las preferencias que corresponden a los la-

zos familiares, profesionales, nacionales, raciales culturales y en ello incurrir el humanitarismo liberal-democrático-comunista. Humanitarismo que no es, después de todo, sino un nacionalismo o racismo disfrazado y traidor. Porque al no cumplir primeramente con los deberes que se tienen para con la propia nación, raza o cultura se la traiciona para contribuir al engrandecimiento de otra nación o raza, de ambiciones universales.

La idea de prójimo sólo se salva por un justo equilibrio que sabe preferir unos a otros sin excluir a ninguno de los hombres. El artículo octavo de la Suma donde Santo Tomás al tratar la famosa cuestión del "orden de la caridad", se propone el problema de "si debemos amar más a aquel que nos está más unido por lazos carnales" contestando afirmativamente, tiene valor fundamental y decisivo en lo que a concepto de civilización se refiere. "Y por esto —dice Santo Tomás— en aquellas cosas que pertenecen a la naturaleza debemos amar más a los consanguíneos; en las de convivencia civil, a los conciudadanos y en las militares, a los comilitones". (II, II, 26, 3.)

La idea de prójimo tiene una importancia fundamental para el ordenamiento universal de la vida civil porque establece la comunicación de los hombres por un ordenamiento jerárquico progresivo que arrancando desde el propio individuo —nadie más prójimo de uno que uno mismo— alcanza a la familia, y a los grupos sociales, de éstos y por éstos a la nación, y de ésta y por ésta a la comunidad internacional.

## Civilización y orden natural

El principio de la civilización que establece la posibilidad de la convivencia humana, dentro de condiciones jerárquicas y sin restricciones particularistas, comporta después de todo —ni más ni menos— que el cumplimiento de los preceptos de la ley natural, por los cuales un hombre se dice y se constituye "*honesto*". Santo Tomás llama políticas estas virtudes que ajustan al hombre —animal político de Aristóteles— a las exigencias de su naturaleza racional: "es a saber que el hombre, de acuerdo a estas virtudes, se comporte rectamente en los negocios humanos (I, II, q. 61, a. 5). Estas cuatro virtudes naturales son la prudencia, templanza, fortaleza y justicia. Perfeccionado el hombre con estas cuatro virtudes, se pone en *estado* de convivir con los otros hombres en una comunidad donde todos como *sujetos* se hallan vinculados en la reciprocidad de comunes deberes y derechos.

La civilización se desarrolla entonces *formalmente* dentro del orden de naturaleza que le corresponde al hombre, en virtud de los principios que le constituyen. Es muy importante prestar atención a esta tesis.

Sabido es que el hombre como todo ser tiene una naturaleza determinada: una esencia con capacidad de operaciones determinadas. Ahora bien; todo aquello que se mueve dentro del ámbito de posibilidades de esta esencia pertenece al orden natural; y en el caso del hombre que posee una naturaleza corpóreo-racional, pertenece al orden natural, a *lo que debe ser* del hombre, aquello que responde a las exigencias de su racionalidad. Por la racionalidad el hombre puede llegar a conocer a Dios, por un conocimiento muy imperfecto; un conocimiento que de las cosas sensibles le lleva hasta lo invisible; un conocimiento de abajo hacia arriba.



los que los, es a saber, la "santa y universal" religión de la Libertad y de la Democracia.

La misma religión que predicó el año pa-

sado el P. Ducattillon; la misma que reúne a los laicos y clérigos detrás de la portentosa teóloga de "la tribuna de doctrina". Tenemos entonces que el obispo americano

O'Hara y el obispo argentino de Andrea se han convertido en pontífices de la nueva religión universal, de la cual sólo sería una fracción —aunque vitalmente importante—



# VERDADERA CIVILIZACIÓN (\*)

Pero Dios ha querido comunicar al hombre, desde arriba hacia abajo, verdades escondidas en su seno y que se refieren a un fin *sobrenatural*, por encima de todas las exigencias de la naturaleza humana y aún de toda naturaleza creable, a que ha querido llamarle y levantarlo. ¿Pertenece la civilización al orden natural o sobrenatural? ¿Guarda alguna relación con este orden?

## No puede haber civilización naturalista

La civilización pertenece formalmente al orden natural de vida. He aquí una verdad que surge nítida de lo dicho. Pero sería grave error concluir de allí que los hombres entregados a sus propias energías, otorgadas por la naturaleza, es a saber su razón y libre albedrío, puede alcanzar la perfección de una civilización. El hombre, aunque tiene capacidad *física* para realizar las condiciones exigidas por una civilización, de hecho y por un desequilibrio de los elementos que le integran, tiene una incapacidad *moral* para alcanzar este estado y perseverar en él. El hombre nace *enfermo*: he aquí la gran verdad de la dogmática católica, revelada por San Pablo y defendida por San Agustín que ha levantado el velo del misterio del hombre. Santo Tomás expone esta verdad observando que por la justicia original la razón contenía perfectamente las fuerzas inferiores del alma, y la misma razón sometida a Dios, era por Él perfeccionada. Pero por el pecado de los primeros Padres perdió el hombre esta justicia original y por esto todas las fuerzas del alma quedan como degradadas y en ello consiste *las heridas de la naturaleza* que son cuatro: en la razón, la ignorancia contra la prudencia; en la voluntad, la malicia contra la justicia; en el irascible, la debilidad contra la fortaleza; y en el concupiscible, la concupiscencia propiamente dicha contra la templanza. (I, II, q. 85, a. 3).

El hombre, abandonado a sus propias fuerzas, tiende a declinar hacia el error y hacia el mal. Respecto a la impotencia moral del hombre para conocer en forma conveniente y completa las verdades que le ordenan aun con respecto a su fin natural, los primeros apologistas cristianos como Tertuliano, Laetancio y Justino pusieron fuertemente de relieve esta verdad contra los paganos, a quienes achacaba San Pablo que "se jactaban de ser sabios mientras habían entontecido" (Rom. I, 22).

Por esto el Concilio Vaticano ha definido expresamente que se ha de atribuir a la divina revelación el que los hombres puedan conocer fácilmente y en firme certeza, sin mezcla de error, aún aquellas verdades que de suyo no son inaccesibles a la humana razón, y que son necesarias para el ordenamiento del hombre tanto respecto a su último fin como a la convivencia humana con los demás hombres.

Pero si la impotencia del hombre es grande en lo que a su inteligencia respecta, es mucho mayor en lo que a su voluntad se refiere, por aquello que tan exactamente expresaba Ovidio: *video meliora proboque deteriora sequor*. No hay duda —y es esta verdad de fe contra Lutero, Calvino y los Jansenistas— que la naturaleza después del pecado no quedó totalmente corrompida y que mantuvo poder para cumplir algunas obras buenas; pero de tal suerte quedó debilitada que no puede cumplir "totum bonum sibi connaturale", todo bien que le es connatural, sin que desfallezca muchas veces. "Como

un enfermo —enseña Santo Tomás I, II, q. 109, a. 2— que por sí mismo puede tener algún movimiento pero no puede moverse perfectamente, con movimiento de hombre sano, si no es sanado con auxilio de la medicina". Esta verdad de la teología católica no duda en considerarla aún como dogma de fe autorizados teólogos, como Billot, porque su negación constituía la substancia misma de la herejía pelagiana.

San Pablo, cuya palabra es auténticamente divina y a la cual se debe, en consecuencia, asentimiento de fe, establece esta verdad en su famosa Carta a los romanos. Allí enumera primeramente los crímenes abominables de los paganos para redargüir luego a los judíos que, constituyéndose en jueces de los paganos, cometían las mismas abominaciones que condenaban. Aduciendo luego la causa de esta universal corrupción, trae la prevaricación de Adán, por la cual entró el pecado en el mundo y arrebató su cetro y sujetó a su imperio a todos los hombres. Muestra cómo se afinó y radicó el reino del pecado, después de la caída que ni siquiera la ley dada a los judíos ha servido de auxilio suficiente contra su tiranía perniciosa, sino más bien de causa ocasional de mayor delito. Describe por último la lucha del hombre interior, viendo lo mejor y aprobándolo pero siguiendo lo peor, porque aunque reconoce y acepta la ley sigue detrás de la concupiscencia de la carne en contra del juicio de la muerte. Por fin saca como conclusión de todo esto que no hay otro medio de escapar de esta miserable esclavitud sino la gracia del Redentor. ¡Oh que hombre tan infeliz soy! ¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte? Solamente la gracia de Dios por Jesucristo Señor Nuestro. (VII, 24).

De donde sin los auxilios de la gracia, todo hombre —judío y pagano— se convierte en necio, inercioso, extraviado, esclavo de sus malos deseos y pasiones bajas, llenos de malicia y de envidia, aborrecibles y aborrecidos los unos a los otros (Tit. III, 3). Por esto los Padres del Concilio de Mileto definieron contra los pelagianos que sin la gracia no se pueden cumplir los divinos mandatos. Y célebre es la Carta dirigida a este mismo Concilio de Mileto por el Papa Inocencio I donde escribe: "Al negar los pelagianos el auxilio de Dios dicen que el hombre se basta a sí mismo y que no necesita de la gracia; pero, privado de la gracia y al pretender con sólo la libertad cumplir los mandamientos de vida, debe necesariamente sumergirse en las redes del diablo. ¡Oh doctrina perversa de meates perversas! Cuando sabido es que la libertad de tal suerte engañó al primer hombre que, al aflojar indulgentemente sus frenos, cayó por la presunción en la prevaricación y de ésta no pudo ser sacado si, por la providencia de la regeneración, el advenimiento de Jesucristo no hubiera reformado el estado de la antigua libertad."

## La historia moderna y la necesidad de la gracia

Sin la gracia de Dios, el hombre se convierte en un ser *odioso* y *lleno de odio a los demás*, "odibiles et odientes invicem", dice San Pablo. (Tito III, 3). La convivencia humana se hace imposible. Esto que vale para los hombres aisladamente considerados vale con mucha mayor razón para las comunidades sociales. Porque, en

atención a diversas circunstancias, un hombre particular puede eludir estas exigencias morales pero no una comunidad donde tiende a reflejarse fielmente las condiciones medias de los miembros que la componen. De aquí que una sociedad o civilización, dejada a sus propias energías, tienda a la degradación, tanto en lo que se refiere al conocimiento de la verdad como a la práctica del bien.

Aquí se encuentra el fundamento dogmático del proceso de degradación que lleva inexorablemente la historia moderna y que enunciamos en el artículo "Filosofía de la Democracia". A pesar de las mentidas palabras de libertad y progreso que llenan la humanidad, desde los esplendorosos días del medioevo, ésta se encuentra cada vez más esclava. La explotación del hombre por el hombre se hace cada vez más opresiva y tiránica. Recuérdese cómo a la edad media sucede el absolutismo de los reyes. ¡Quién podrá calcular, por ejemplo, las vejaciones infames, inauditas que bajo los monstruosos reinados de Enrique VIII y de Isabel han sufrido los pueblos! Al absolutismo, o para hablar con más propiedad al discrecionalismo de los monarcas, sin más ley que su capricho, sucede el capitalismo burgués que, bajo el mito de la soberanía popular, convierte los pueblos en masa ingente de proletarios, *standardizados* en las monstruosas fábricas de producción en serie, con el alma envenenada por la corrupción ambiental y el cuerpo deshecho por los vicios consiguientes. Al capitalismo sucede el modernísimo comunismo donde la suerte de millones de hombres, en cuerpo y alma, queda a merced del amo omnipotente de una ciudad sin Dios, donde no se tiene otra preocupación que la producción indefinida de bienes materiales y como alguien pudiera imaginar que los llamados Estados liberales o democráticos, Inglaterra y Estados Unidos, representan una civilización, no es posible olvidar que la una tiene ininterrumpida historia de piratería y la otra, bajo hipócritas palabras de fraternidad, viene devorando pacíficos pueblos. ¡Quién podrá medir los crímenes cometidos por la nación del Norte en México, Nicaragua, San Salvador y los otros pueblos vecinos, a base de dinero que financia intrigas, traiciones y revoluciones!

El hecho cierto es que la humanidad al continuar un proceso de apostasía de la Iglesia Católica, única depositaria de la Verdad y de la Gracia, acelera también un proceso de vida universal humana de hipocresía y de odio, en la que pueblos enteros quedan sumidos, en cuerpo y alma, a una espantosa esclavitud donde todos los medios técnicos y los modernos métodos psicológicos son empleados para crear un tipo *standard* universal de individuos que piensen, sientan y quieran como han resuelto los invisibles amos de la tierra.

JULIO MEINVIELLE

(\*) El solo título de este artículo puede aparecer exagerado al lector que inmediatamente hará memoria de las grandes civilizaciones anteriores al cristianismo. Pero recuérdese que eran aquellas civilizaciones imperfectas, no sólo en su aplicación sino también en su concepción, con errores substanciales como la esclavitud y el desconocimiento de la dignidad humana. Además téngase presente que antes del cristianismo, Dios provía de otra manera, los auxilios que hoy no otorga de ordinario sino por la Iglesia. La afirmación de que sin la Iglesia no puede haber verdadera civilización guarda todo su valor en la actual economía después del advenimiento de Jesucristo.

la única Iglesia de Jesucristo, la Católica. Tanto el acto del último sábado en San Miguel como lo acaecido recientemente en Brasil, donde un obispo católico, también

"cristiano", "evangélico", "panamericano", ha roto su comunión con la verdadera Iglesia Universal no pueden ser sino preludios para formar una nueva iglesia que adore la

Libertad y la Democracia y que, entre nosotros, acaba de beatificar a Mr. Roosevelt, "el aliado de Dios".

NUESTRO TIEMPO.



# SAN HERMENEGILDO NEGILDO

España, la España romana que evangelizara Santiago, se hallaba bajo el dominio de bárbaros herejes. Sólo en el noroeste parecía levantarse un trono católico; pero la conversión reciente de sus reyes y el escaso poderío de los mismos, mostraban bien a la clara que los suevos no habían de preponderar en la Península. Los visigodos constituirían, pues, la verdadera fuerza capaz de plasmar la unidad política de las provincias occidentales del Imperio; y en realidad tenían una relativa conciencia de su misión, a la que no era ajeno, por cierto, el convencimiento de ser, ellos mismos, miembros conspicuos del mundo civilizado. ¿No ocupaban con justo título, acaso, las tierras que les había confiado el Emperador en virtud de los acuerdos concluidos luego del matrimonio de Ataulfo con Placidia? ¿No había sido, por ventura, el valioso aporte de las huestes de Teodoro lo que había hecho posible derrotar a los hunos en los Campos Cataláunicos? Hasta ese cristianismo deformado que profesaban, ostentáballo orgullosamente como prueba de su antigua vinculación con la corte bizantina del arriano Valente.

Por otra parte, si en el sur de la actual Francia hacían sentir su fanatismo arriano (quizá movidos por el deseo de contrarrestar la influencia católica del vecino reino de los francos) en la Península daban señales de una relativa indulgencia que, al hacer más llevadera la dominación de los herejes, hacía menos evidente la perversion implícita en una dominación de tal naturaleza y facilitaba sobremanera que se formase un ambiente de laxitud e indiferencia. Urgía, pues, la conversión lisa y llana de la clase dominante. Sólo así la grey católica podría liberarse del peligro implícito en el arrianismo de sus reyes, y sólo así España podría incorporarse a la Cristiandad. Pero ¿cómo lograr semejante paso? He aquí algo que el hombre jamás habría conseguido; algo que sólo Dios, en su infinita misericordia, en el momento adecuado, concedería como un favor de su Gracia... ¡Y no en vano España estaba llamada a ser auténtica tierra cristiana, semillero de mártires, de cruzados y de apóstoles!

Una princesa franca, la dulce Clotilde, hija del gran Clodoveo fué señalada por el Señor para que diese el primer testimonio de adhesión filial a la Iglesia en medio de la corte arriana. Su testimonio fué su cruz, porque hubo de padecer toda clase de injurias con que su marido el rey Amalarico quiso escurecer en ella la verdadera religión de Cristo. Medio siglo más tarde, otra princesa de la misma estirpe recogería el fruto del sacrificio de Clotilde; fruto amargo para los ojos del mundo pero que una mujer del templo de Ingunda supo apreciar en todo su esplendor, y que fué... el martirio de Hermenegildo.

Era Hermenegildo el mayor de los hijos de Leovigildo, uno de los reyes que más brillo dieron al trono de los visigodos. Su madre, Teodasia, hermana del gobernador bizantino de Cartagena, había sido católica, pero una vez

ella fallecida, el rey viudo había vuelto a casar con la hereje Gosvinda. Esta mujer, fanática y dominante, chocó necesariamente con Ingunda, joven esposa de Hermenegildo, que se mantenía fiel a la Iglesia. El rey, para evitar disensiones domésticas envió a su hijo y a su nuera a Bética, en cuya capital Sevilla se instalaron ambos como gobernantes de la provincia. Una vez allí, Ingunda, eficazmente secundada por el Obispo San Leandro, influyó en el ánimo de su marido para que desechase el llamado de la Gracia y se convirtiese a la verdadera Fe.

La conversión de Hermenegildo llenó de esperanzas a los españoles que vieron en el hereje dero del trono el futuro rey católico que habría de poner fin al arrianismo oficial. Gosvinda, en cambio, alarmada, instigó a Leovigildo para que sin pérdida de tiempo llamara al orden a su hijo. El rey le citó, pues, a Toledo; pero el príncipe, sospechando que se le tendía una celada, se negó a concurrir. El conflicto quedó planteado; y era en realidad inevitable, ya que no se trataba de una mera rencilla familiar sino de un entredicho entre la propia España y la casta dominante empeñada en no ver la misión a ella señalada. Leovigildo, firmemente adherido a los prejuicios arrianos, comprendió el sentido de la lucha, que había de plantearse como una guerra de religión. El príncipe, por su parte, se hizo fuerte en Sevilla y buscó la alianza del católico reino suevo y del gobernador imperial de Cartagena.

No era, sin embargo, con medios humanos que vencería Hermenegildo. Más aún: su triunfo aparecería ante los ojos del mundo como una derrota aplastante. Porque el rey hereje tenía a su favor las armas y el dinero; las armas con las cuales venció a los suevos, y el dinero con que compró al gobernador bizantino. Contaba además con la típica hipocresía de los herejes, mediante la cual sedujo a más de un imbécil: reunió un concilio en Toledo en el que los obispos arrianos formularon una serie de declaraciones, cuyos textos, de aparente ortodoxia, silenciaban los puntos donde la heterodoxia era más evidente. Al verse falta de apoyo humano y queriendo evitar a los sevillanos las iras de los ejércitos visigodos, Hermenegildo se refugió en una Iglesia de Córdoba: en ella encontraría, precisamente, el auxilio que precisaba, y de ella saldría para vencer al rey impío.

En efecto, Recaredo, segundo de los hijos de Leovigildo quiso reconciliar a su hermano con su padre. El príncipe aislado salió al encuentro del rey, como Recaredo le aconsejara; se postó ante él y cuando éste, lejos de valorar el gesto hidalgo lo trató como implacable enemigo, sin expresar una queja, se dejó conducir preso hasta Córdoba. Allí el rey pretendió deslumbrarlo con toda clase de promesas; pero ni la corona, ni los bienes de fortuna, ni los regalos de la carne podían ya quebrantar la indomable energía del varón de Cristo. Llegó la Pascua y quiso el rey que Hermenegildo comulgase de manos de un obispo arriano. El Santo prefirió celebrar la Pascua con el Señor, y fué decapitado.

Poco duraría el reinado de Leovigildo, muerto el cual ocupó el trono Recaredo. El nuevo rey castigó a Sisberto, verdugo de su hermano, y a los diez meses de gobernar se convirtió públicamente. La herejía arriana, falta del apoyo ofi-

cial, terminó por desaparecer de España, mientras que el catolicismo pudo edificar un nuevo reino para Cristo; nuevo reino que sobreviviría a las pruebas más duras que haya podido experimentar reino cristiano. Suele señalarse a Recaredo como su fundador, pero no debe olvidarse que la conversión de Recaredo fué la "añadidura" del martirio de Hermenegildo.

SANTIAGO DE ESTRADA.

## EL MUERTO NO FALTA A LA CITA

Farsa más acabada que la Reforma Universitaria no la ha habido entre nosotros. Su capacidad de "macaneo" había llegado a tal límite, que de la cantinela reformista estaban hechos hasta los mismos estudiantes. De ahí que si algo puede figurar sin discusión el haber —sur le vide papier que la blancheur défend— de la revolución de junio, esa cosa es el ¡chist! enérgico con que fuera apagado el estéril murmullo estudiantil.

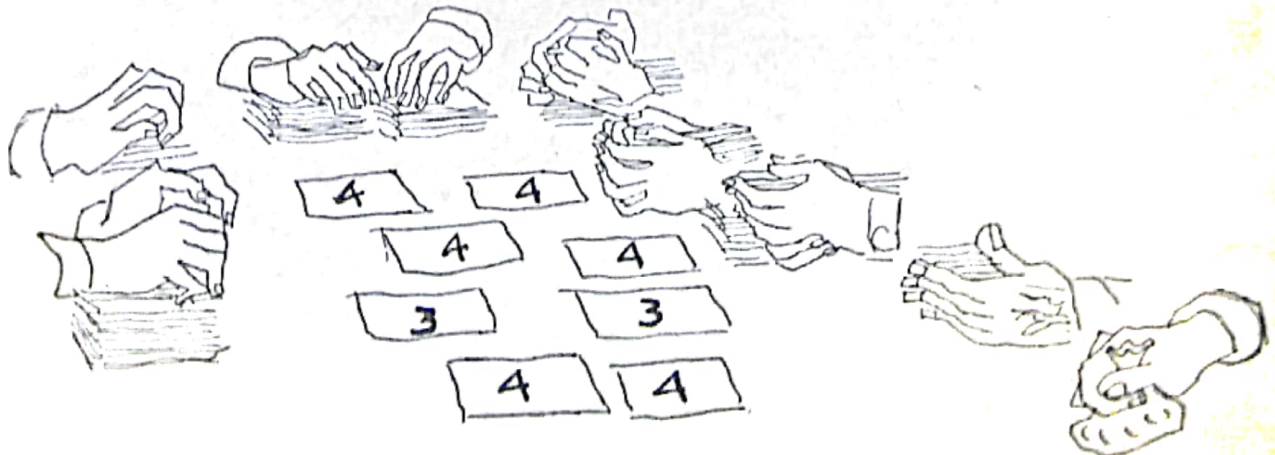
Pero estaba en la lógica de lo que ahora ocurre —de lo que seguirá ocurriendo— que la momia reformista fuese descantada. A esa y a muchas otras tutankhamónicas excavaciones habrá que resignarse en los próximos meses. No serán sin embargo muy numerosos esos meses. Lo auguramos; la decadencia de la mentira es no sólo un hecho literario, sino también vital de los nuevos tiempos.

Reforma Universitaria es una expresión sin sentido. No cabe reforma de lo que previamente no existe. Aquí —como por otra parte no podía menos de serlo— universidad, lo que se llama universidad, no la ha habido nunca. Un tipo de enseñanza que es acabamiento y remate en lo universal de saberes técnicos y profesionales especializados, y cuyo logro es la cosa más difícil que imaginar cabe, no podía darse porque sí entre nosotros. No todo es transmutable. Menos que nada la cultura universitaria, planta rarísima que, como tal, sólo ha crecido en la tierra añeja de Europa.

Pero a falta de verdadera universidad la Reforma —made in South America— logró dar a luz, con originalidad que no le disputaremos, este inocente engendro: la universidad democrática; cosa que, traducida en términos coherentes, implicó, de hecho, la desaparición sin dejar rastros, de eso que aquí, hasta que advino la Reforma, había intentado —modestamente— servir de base a una futura universidad.

Así de mal estaban nuestros estudios superiores, cuando ahora resulta que un flamante rector y —por lo visto— distinguido arqueólogo, D. Josué Gollán (th.), ha resuelto ofrecernos al amparo de estas épocas de previsión y secretaría, un nuevo recital de las ya olvidadas música y letra reformistas.

Y, claro está, que salvo los inéditos gallos de la voz de Gollán, este señor repite —impudico— la matusalénica cantinela de siempre: "Nuestra universidad, dice, al dictar su estatuto basándose en los principios reformistas ha





querido no sólo tener un instrumento eficaz de gobierno, sino también de educación democrática. Un poco después, o un poco antes, —es lo mismo— D. José proclama que dos grandes principios reformistas son: la existencia libre a clases, y la participación de los estudiantes en el gobierno universitario.

Comentarios no necesitan estas cosas. Mas queremos si consignar nuestra lástima por los pobres muchachos que tuvieron que oír al Dr. Gollán. Debía ser desesperante para sus jóvenes espíritus, hambrientos de verdades, el espectáculo de este fantasmón reformista, que hablaba.

NUESTRO TIEMPO

## HORMIGUITAS PRACTICAS

¡Pobres hormigas! Solamente se las puede elogiar por su tenacidad y disciplina. Larga cinta en fila india o montoncito movedido y afanoso con su carga de yuyos, nadie las quiere: son de mal color, cáusticas, dañinas y egoístas, sobre todo egoístas. ¿Para qué se mueven, para qué trabajan? Para su hormiguero, donde en lugar de miel u otra cosa útil sólo encuentran barro, ramitas secas y espíritu de ácido fórmico. Por eso la gente las pisa, les echa veneno, agua con kerosén, azufre, cianuro, humo.

En el campo, en las quintas, son realmente dañinas, pero en las ciudades no son tan perseguidas porque pasan casi inadvertidas, salvo cuando revientan, de pronto, bajo el pie. Yo recuerdo cuando en un día de humedad y mucha presión surgieron de golpe de debajo de las tablas, *aladas*, insoportables. Ni con tres paños de agua hirviendo pudo apacarse su invasión. Porque hay hormigas que vuelan.

Nadie las quiere. Son, sin embargo, directamente inofensivas al hombre, salvo en zonas desérticas donde forman sus ciudades marxistas de torruños o cuando se multiplican en millones y millones como la temible Hormiga Púrpura de la estepa.

Feo animalito práctico y materialista, sin gracia y sin símbolo, debemos ocuparnos hoy de sus actividades en otros campos, en el de la política sobre todo, ahora que el dueño de la chacra las está dejando salir de sus hormigueros e invadir las hortalizas que, semana a semana, compran por diez centavos La Vanguardia.

*Hormiguitas prácticas*, las definió alguien que bien conocía a los socialistas viejos. Saben aguantar todas las inclemencias del tiempo y las persecuciones más diversas; pero en cuanto pueden vuelven a juntarse por la ley del hormiguero, tenaces, instintivos, para rehacer la cinta en fila india o el montoncito movedido.

Las restricciones a la libertad de insultos mantuvo al proyecto órgano (Año LII) en un no ser latente de muchos meses. No tenemos nada para saber cómo era el ácido fórmico naciente. Creamos que, como su nombre lo indica, sería combativo, audaz, vanguardista.

Recordamos por referencias familiares su tremendidad, su impetuosidad, su novedad, en aquel mundo impenable y ordenado de 1893. Fue en época, la del "trazo rojo", la del internacionalismo polémico, la de la subestimación de toda la azul y blanco. Aplicado por las diputaciones y senadurías y alocado por defeciones ilustres fué tomando un tono más pacato. Todos sabemos, por experiencia personal, lo que fué La Vanguardia desde sus botas de plata cuando cayó en las mallas de la familia Cheroff: un plomo se caía de cualquier mano desprevenida que la comprara. Era un diario de sacristía genial para uso interno y externo de suscriptores profanos en socialismo, cargado de los tópicos más aburridos, cerrado a cualquier visión general de las cosas, sectario de darle con un palo. Ideológicamente representaba algo así como La Percha *manifestada*, es decir, al sectario sin *comunque* (ni capiosos avisos). Credo, credo, sin gracia ni provecho, como las hormigas.

Vino después el reventón de tablas que sabemos. Presiones del tiempo y otras sofocaciones determinaron la necesidad de volver a la

"libertad de prensa" y se le permitió salir. Dispensado el elenco y sin lectores propios (su clientela se orienta más hacia el oriente) resolvieron aparecer en fila india, una vez por semana y como están sin temas propios (los propios han sido sobrepasados) buscaron otras direcciones. Si hemos estudiado las costumbres de las hormigas, veremos bien lo que pasó: emprendieron enseguida la tarea, con rapidez, movimiento vivo y sentido práctico.

Sobre un fondo de "prensa grande" mansa, dócil y prudentísima a fuerza de empresa comercial y encabezados por la Hormiga Normal, proyectaron su cáustico en un medio sediento de críticas, deslenguamientos y noticias sensacionales. Vieron ahora también la oportunidad de "representar" la oposición, gran coyuntura que ya les valió la resurrección en 1932 cuando de un diputado se fueron a treinta y pico. Y lo están haciendo con bastante frescura y gran éxito callejero, amparado ¡ah! eso sí, por poderosos amigos extraterritoriales que vigilan este ensayo de piedra libre. Les están creciendo las alas.

Vigilémoslo también nosotros con ánimo despierto y desengañado, porque los conocemos y sabemos de sus evidentes mañas de hormiguitas prácticas.

Tenemos a la vista el N° ¡13.307! con una expresionante cifra del propio San Martín, con grandes charreteras y cara de uruguayo que les sirve para transcribir al pie un "pensamiento" del héroe en colaboración con el Dr. Repetto, el de aquí, no el de Montevideo. Eso

se aclara en un recuadro de la tercera página en que aparece el *motu proprio* "exilado" de su homónimo coniado que "en lo sucesivo" (tiene siempre su veneno don Nicolás) La Vanguardia seguirá orientando la opinión argentina. Menos pesimista Palacios, a dos manos con un señor Nudelman, califica al gobierno de "menguada dictadura". Luego con el ánimo de enturbiar más las aguas transcriben unos conocidos y lamentables textos de renunciaciones que, proponiéndose lo contrario, dejan bien malparado al "nervio y cerebro" de la revolución. Completan la página un suelto muy suelto sobre los fallos de la Corte y un patético comentario acerca del sueltísimo llamado a degüello de Gollán. Secretos de alcohol entre la C. G. T. N° 1, la C. G. T. N° 2, la U. F. y la S. de T. y P. nos recuerdan que estábamos en La Vanguardia, pues el resto está bien facturado por muchachos chistosos sobre temas que se comentan solos.

Digamos, como final de recorrida y principio de juicio que, en su actual desove, estas hormiguitas han mejorado de estilo y de presentación por fuera, pero que por dentro están más que valientes (1), envalentonados; más que ágiles, vehementes; más que audaces, ansiosos; más que oportunistas y menos que patriotas, logrosos.

D. D. T.

(1) Perico no es valiente si se burla del vigilante sabiendo que el pobre agente está supervisado por alguien que tras la tapia protege al chico. Claro que el pibe se corre el peligro de una soba.

## A U S E N C I A

(XIV)

Me apareciste, amor, y vió cercana  
mi ensueño juvenil, toda alegría:  
La esperanza, cantando, a mí venía.  
De intacto corazón, gloria temprana.

Quando, al azar de la ventura humana,  
Seguimos juntos la armoniosa vía,  
Esperanzado en ti, si claro el día,  
Supe entrever más límpido el mañana.

¡Y aun sonrío, por ti, lo venidero!  
Que a luz de ocaso, en mi ideal postrero,  
Es la Ausente, otra vez, la Prometida;

Y a tu lado, esperanza de mi vida,  
Hoy que sé de verdad cómo te quiero,  
Espero eternidad embellecida.

(XXXVI)

¡Predestinada Estrella de los mares  
Que el mar del mundo, lóbrego, ilumina:  
Desde el sagrado del hogar en ruinas,  
Asciende a ti la gloria de mis lares!

Tras dilatada senda de azahares,  
No vaciló su planta en las espinas;  
Muéstrenle, en ondas del azul, divinas,  
Puerto de luz tus ojos tutelares!

Pues, bautizada en resplandor: "Lucía",  
Buscó, entre sombras, claridad suprema,  
Ábrase el cáliz al eterno día.

Y, entre las rosas elegidas, rosa,  
Sea, oh Madre, en tu mística diadema,  
Ya por siempre jamás, "la Luminosa"!

CARLOS OBLIGADO

1945.



Un libro francés, "La vie Intellectuelle" de Sertillanges, precioso por lo simple y transparente, tratando de penetrar el espíritu, las condiciones y los métodos de esa vida interior, y el equilibrio total del hombre, en la unidad de su ser colocado en la naturaleza visible e inquisidor constante de un mundo extático de quietud y fruición intelectual, enseña a qué esplendorosa y humana riqueza conducen sus vías dialécticas y su actividad creadora y cómo todo orden humano debe ser condición esencial de un todo, según verdad, bien y belleza. Sólo la inteligencia puede reducir lo informe a un modelo bello; sólo la inteligencia puede especular los grados visibles e invisibles hacia los inefables nombres divinos. Este movimiento de la inteligencia, que traspasa la inmanencia de lo individual y anhela arduosamente elevarse y superar la materia de los sentidos no es por cierto la totalidad de la vida intelectual, máxime en un cristiano, que se mueve dentro del triángulo: pecado original, Redención y Resurrección. La vida de la inteligencia tiene una causa final: la primera es la contemplación de los misterios divinos por modo sobrenatural y beatífico, la segunda en esta existencia sublimar de las cosas corruptibles y mixtas es ordenarse en la única síntesis cósmica de alabanza, caminar por la vía sacramental de encuentro con Dios. El filósofo, el artista y el técnico que no alaban por la Liturgia, no coronan su vida intelectual, más fundamentalmente, es decir como vida, la individualizan, o sea, si en el orden lógico están en una universidad y totalidad de principios, en un cuerpo orgánico y jerárquico de doctrina y en una escala de contemplaciones, en el orden real desconocen o no actualizan la objetividad del Cuerpo Místico. Una parte de la vida intelectual es abstraer, es decir, caminar por vías interiores, hacia una coronación especulativa o hacia una integridad práctica; otra parte es crear, según expresión humana, imprimir un nuevo dinamismo a objetos determinados, en atención a un orden técnico o a una forma bella; una tercera es orientar con su luz la actividad moral. Ninguna de ellas posee forma de alabanza, mas no se concibe vida intelectual sin alabanza, como no se concibe el universo sino como expresión de la Bondad divina.

Ninguna doctrina ni ningún sistema ni ninguna cultura ha entendido, con horizontes tan amplios, la vida de la inteligencia como aparece dentro de la vida cristiana. Pero esta vida divina que pretende realizar el cristiano en este reino visible y militante, esta actividad total que dulcemente impuso la Providencia en el misterio de su perfección creadora y este camino constante y continuo, sin un momento de espera, sin una vacilación de movimiento, sin una detención de las creaturas no puede tener únicamente una realización individual ni una agrupación fortuita de vocaciones por un mismo ideal, en la calidez de un ambiente, creado, a su placer, por la inteligencia. Sería limitar en mucho el riquísimo contenido de la vida cristiana y desconocer nuestra felicísima proximidad a Dios. La unidad de la vida cristiana está fundada no en la yuxtaposición de cristianos en una sociedad visible, sino en el vínculo perfecto de la Caridad. De allí que esa unidad se nos imponga no como acuerdo de inteligencias y coordinación de apetitos, sino como exigencia suprema de nuestros vínculos con Dios. Formamos un solo cuerpo, con un solo espíritu, con una sola cabeza; adoramos un solo Dios y tenemos una sola vida irremediablemente continua para la eternidad, desde nuestro nacimiento al ser. De tal modo que el principio de la vida en nosotros mira a la eternidad y hacia ella se elevan las ansias más íntimas y entrañables de nuestro corazón.

En verdad el hombre nunca ha amado bastante el misterio, porque ha creído mucho en sí mismo. Y aunque naturalmente desea saber, puede sin embargo conciliar esta inquietud con un humilde y confiado amor al misterio, no al misterio frígido y terrible de la esfinge, sino al luciente y bello del Señor y de sus creaturas. Porque al fin aunque captemos dialécticamente lo que investigamos o lo que nos llega del mundo exterior, no sabemos vivir con plenitud ante el presente conocimiento de Dios. Tal vez la Edad Media ha vivido en el seno de un misterio nocturno, que era sin embargo una esplendorosa iluminación dialéctica y sobrenatural. Conocía los términos de sus movimientos y no olvidaba el sepulcro ante la iluminación de la gloria, ni el profundo y conmovedor respeto a la creatura ante los hallazgos y las exaltaciones de la razón.

Sentía por eso mismo la indestructible cohesión de todos los seres: la piedra inerte o el agua, el astro, Irío en lejanía, la tierra palpitante, material de nuestro cuerpo y áncora de nuestra forma, resplandecían en el amor y en la belleza, que los elevó de la nada hacia la luz. Y la vida intelectual así puesta entre la capacidad de la razón, la conciencia de la voluntad y la firmeza de la Revelación y en la Redención y pa. la fe en la Revelación y en la Redención y la esperanza en la vida sin fin, era totalmente humana y, con máximo esplendor, orden de la inteligencia.

Una plenitud de vida es una plenitud orgánica, con un incesante correr de las aguas interiores hacia la posesión de la paz beatífica. Y en este esplendoroso misterio visible, exuberancia de amor y destello de la hermosura increada, encontramos apenas una delgada quietud y un flaco entendimiento sobre lo que vive y se mueve por operación de la Sabiduría. Esta halla ve por operaciones y armonías, por escalas y grados, por exaltaciones y elevaciones del espíritu, pero también por esencial unidad de Amor. Ella engendra la celestial locura de las almas que viven con Dios, en lo más profundo de un recogimiento amoroso, que levanta la mente por los cielos incorruptibles, más arriba del grávido centro de la tierra. En tal delicioso momento, que escapa a la hiriente flebilidad del tiempo, a menudo con la angustia de un silencio prolongado o por alguna llaga o toque sutil del espíritu, se comienza a crear en amor y en entendimiento, la unidad de vida, la vida misma, transformada en perfección de alabanza. Y he aquí que la Iglesia, maestra del espíritu y de la carne, del entendimiento y del apetito, de la vida presente y de la superación eterna, ha arrancado, desde los senos más hondos del corazón divino el instrumento humano para la deificación de las almas, o sea para la unidad y la plenitud de la vida presente. Porque no basta amar y entender; es necesario ofrecer; y no basta gozar y discernir, es necesario entregar no sólo por el entendimiento de las cosas divinas sino por abandono dichoso en la alabanza amorosa. Y así la Liturgia se presenta como alabanza oficial y única, como oración íntegra, acabada, perfecta, como principio, método y realización de vida, una y total,



## DOCUMENTOS

### ALOCUCION DE PIO VI PRONUNCIADA EN EL CONSISTORIO DEL 17 DE JUNIO DE 1793 CON MOTIVO DE LA MUERTE DE LUIS XVI, REY DE LOS FRANCESES

Hemos creído que sería del agrado de nuestros lectores la publicación de la alocución del Papa Pío VI, pronunciada en el Consistorio del 17 de junio de 1793, con motivo de la muerte del Rey de Francia, Luis XVI.

Por este Documento se puede conocer la reputación tan terminante que ha merecido de la Iglesia, esta nefasta revolución, causa de tantas y tan graves males que le han sucedido y que estamos hoy padeciendo; por él también, aparece cómo el catolicismo, la forma jurídica de la reforma protestante, ha sido su verdadero autor; aparece asimismo en qué términos tan severos condena el Papa el "hombres transportado al pueblo todo el poder público".

Pero lo que revista una actualidad sorprendente es lo que el Papa dice sobre la muerte del piadoso rey, a la que le asigna los caracteres de verdadera martirio, aunque se hayan invocado razones puramente políticas para ejecutarla. Los enemigos de hoy, con el pretexto de la persecución a la que ellos llaman el nazifascismo, buscan en realidad la desaparición de toda profesión de un catolicismo íntegro y actuante.

Por fin esta extraordinaria alocución arroja luz

para interpretar en todo su alcance el terrible drama, y la solución, de la noble nación francesa. — (N. de la D.).

Venerables hermanos,

¿Por qué los sollozos y las lágrimas no ahogan Nuestra voz en este momento? ¿No es con gemidos más que con palabras que Nos cuadra expresar este dolor sin límites que debemos exprayar ante vosotros volviendo a trazaros el espectáculo de crueldad y barbarie que se vió en París el veintuno de enero último?

El muy cristiano rey, Luis XVI, ha sido condenado al último suplicio por una conjuración impía, y este veredicto fué ejecutado. Recordemos, en pocas palabras, las disposiciones y los motivos de esta sentencia. La convención nacional no tenía ni derecho ni autoridad para pronunciarla. En efecto, después de haber abrogado la monarquía, — el mejor de los gobiernos —, transportó al pueblo todo el poder público, al pueblo, que no se conduce ni por la razón ni por consejos, que no se forma sobre ningún punto ideas justas, que aprecia poco las cosas por la verdad y avallia muchas de ellas según la opinión; que es siempre inconstante, fácil de engañar, y de conducir a todos los excesos, ingrato, arrogante y cruel; que goza con la matanza y la efusión de sangre humana y se complace en las angustias que prepara a los gladiadores; así como antes llase a ver expiar, La porción más feroz de este pueblo, no satisfecha aún con haber degradado la majestad por sus propios acusadores, aquellos que se habían declarado como sus más implacables enemigos. Ya, desde la apertura del proceso, habíase llamado, de pronto, entre los jueces, a aquellos diputados más particularmente conocidos por sus malas disposiciones, para asegurar mejor el procedimiento de la moción de condena entre la pluralidad de los votantes. Sin embargo no se pudo aumentar suficientemente el número para impedir que el rey no fuese sacrificado en virtud de una minoría legal de voz. ¿Qué no había de esperarse y qué juicio, execrable ante

los siglos, no se presentaría viendo el conceso de tantos jueces perversos y de tantas maniobras empleadas para captar los sufragios? Como muchos de ellos, sin embargo, retrocedieron de horror en el momento de consumir semejante felonía, se pensó recurrir a un nuevo dictamen; habiendo votado así de nuevo, los conjurados decidieron que la condena estaba legitimamente decretada. Pasamos en silencio una cantidad de otras injusticias, de nulidades y de invalideces que pueden leerse en los breves alegatos de los abogados y en los papeles públicos. No insistimos tampoco sobre lo que el rey debió sufrir antes de ser conducido al suplicio: su prolongada detención en diferentes prisiones de donde no salía más que para ser conducido a la barra de la convención, el asesinato de su confesor, su separación de la familia real que amaba tan tiernamente, en fin, esa serie de tribunales acumulados sobre él para arrebatar sus humillaciones y sufrimientos. Es imposible no sentirse traspasado de horror cuando no se ha abjurado aún de todo sentimiento de humanidad. La indignación aumenta cuando se considera que el carácter, uniformemente reconocido, de este principio, era dulce y benévolo por naturaleza; que su clemencia, paciencia y amor por sus pueblos fueron siempre inalterables; que, incapaz de cualquier dureza, de cualquier rigor, era de trato fácil e indulgente con todo el mundo; y que este excelente don natural le inspiró la confianza necesaria para aprobar la opinión pública y convariar los estados generales del reino, a pesar de los peligros que de ello podían resultar para su autoridad y su persona. Pero, lo que sobre todo no pudimos callar, es la impresión universal que de sus virtudes ha dado en el testamento escrito por su propia mano, emanado del fondo de su alma, impreso y distribuido en toda Europa. ¡Qué idea elevada concíbese de su virtud! ¡Qué celo para la religión católica! ¡Qué rasgos de auténtica piedad hacia Dios! ¡Qué dolor, qué arrepentimiento por haber firmado, a su pesar, decretos tan contrarios a la disciplina y a la fe ortodoxa de la Iglesia! A punto de ascender bajo el peso de las adversa-



# T U A L Y L A L I T U R G I A

íntegra y homogénea por la perfección del fin, copia visible de la quietud de amor y de la iluminación mental. Y sobre todo en la actividad litúrgica, en la vida plenamente litúrgica, donde se vislumbra con claridad el esplendor del orden sobrenatural, oculto y secreto, pero vivo y actuante; en la participación de los sagrados misterios de alabanza se realiza en su máxima medida la vida cristiana que es un movimiento

progresivo de santificación, con sus dulzuras e inquietudes, sus consuelos y arideces... Y allí la inteligencia y su actividad propia crece en la totalidad de una contemplación creadora, que es al mismo tiempo santificación y alabanza, y no en los límites individuales de una síntesis por abstracción. La actividad de la inteligencia en el cristiano no puede ser puramente dialéctica, pues entonces abandonaríamos talentos preciosos e innumerables y gozos bienaventurados; es necesario una íntima actividad de experiencia, y esto no simplemente como una *operación subjetiva*, sino como vía lanzada profundamente en una *realidad divina*. Siempre hay algo más que la especulación de los vestigios y consideraciones del ser, aún sin entrar en los excesos pasivos de la sabiduría mística. Y consideramos en este caso al que tiene una definida actividad artística o especulativa, sin tocar la cuestión de la *unidad de la cultura cristiana*, en la que participan grados diversísimos por una jerarquía dinámica, y por lo mismo, objetivación del espíritu y no de la técnica. El corazón de la vida litúrgica debe transmitir sus latidos incommensurables a todos los órdenes de la cultura, comenzando por la fiesta de comunidad y terminando por el descanso del obrero. ¿Qué operación espiritual intrínseca revela la moderna pausa de trabajo, el día sábado? Absolutamente nada, porque nace y va dirigida a las puras exigencias telúricas de las masas y al ambiente igualmente telúrico de la actividad moderna. Pero la pausa litúrgica es, por el contrario, el momento intenso de plenitud, vale decir de eternidad, pero no en una manera difusa, vaga y pasajera, sino por una virtud sacramental concreta, por una belleza integral, o sea, con un sentido propio, y por lo mismo estrechamente ligada a la totalidad del hombre, por una concentración espiritual, mediante la más diversa actividad humana.

Para el que realiza una específica actividad de la inteligencia, si quiere sobreponerse a la inercia del impulso alejandrino, sólo hay un camino: aproximarse a Dios, a los misterios de la Revelación, mediante una experiencia infalible que admita una exquisita variedad de matices, dentro de una visión ordenada y común, en este caso obra del magisterio divino de la Iglesia. La Liturgia es fruto de ese magisterio. El culto como principio de vida nos da la fertilidad y la calidez interior, sin la que la inteligencia sufre un tormento en medio de una zozobra angustiosa. Como método indica que el camino de la unidad interior está más en el secreto abandono activo de las almas que en ilustre y extraordinaria potestad, la potestad de *teoría poética*, en la cumbre del espíritu, sino que sube y asciende por la escala de Jacob acompañada de todo el hombre dueña suavísima y generosa de las potencias y actividades, es decir, centro creador de la jerarquía cósmica del hombre, tocando con su chispa divina con lejanías estelares.

Como realización de vida absorbe, en el ímpetu de la alabanza, la continua y serena creación que el cristiano opera con la gracia. Porque hacerse uno sin abandonar ninguno de los dones que derramó la Sabiduría, ascender paulatinamente hacia la realización de cada vocación humana, injertada por modo divino en la única vocación de vida suprema, y al mismo tiempo, tomar conciencia de este mundo y universo que nos rodea, para comprender y vivir la jerarquía por naturaleza y redención, todo ello es imposible si la actividad de la inteligencia no obra, crea y entiende por la especulación palpitante en los Sagrados Misterios, en la manifestación visible de la alabanza. La tarea propia de la inteligencia no es por cierto encenderse por la hermosa liturgia, aunque en este sin igual mundo de analogías, la belleza sea un esplendor dinámico hacia Dios; pero la vida de la inteligencia o sea el impulso genuino de creación, asido a la totalidad del hombre, por una parte, y abierto por otra a las excelencias divinas del orden sobrenatural, sólo encuentra en la cultura cristiana su lugar más anchuroso y rico, dentro del culto, en la participación de los misterios litúrgicos. Finalmente la vocación de santidad y de santificación que la Iglesia despierta,

como un agua tranquila y milagrosa en un desierto de hastío crece hasta la coronación feliz de la muerte.

El individualismo intelectualista, exterior al cristiano, no puede contemplar hacia la Sabiduría, sino *dejar pasar* el encadenamiento de los conceptos, de las formas, de las sensaciones. Creará sistemas, y aun así sin savia regeneradora, pero no ascenderá hacia las exaltaciones de la vida divina. El cristiano no es hijo de un sistema ni súbdito de una filosofía, sino hermano del Unigénito, que es la Sabiduría de Dios. El cristiano no es un acontecer cualquiera ni un perecedero orden visible, sino vaso sagrado de resurrección; el mismo es parte de vida, henchida de las promesas más altas y extraordinarias, y por eso nadie como él puede elevar la dignidad de la inteligencia ni gozar mejor de las excelencias en que ha sido colocado; y sólo él, levantado hasta la cumbre de la ciencia y de la sabiduría, puede hacer estremecer el universo vivo de su espíritu con la quietud humilde del misterio y amar así las innumerables creaturas como delicadísimos grados de un todo que manifiesta la grandeza y la gloria de Dios. Y una vez conseguida esa perspectiva integral a que aspira toda auténtica cultura y realizada la inteligencia como un decisivo acontecimiento en el orden de la naturaleza, el culto, es decir, la integración incomparable de sacrificio, adoración y alabanza produce la vida, en medio de las incalculables aspiraciones del Paráclito. Sólo entonces hay vida, porque sólo entonces se han dejado muy por debajo las interminables sombras telúricas del hombre. La Liturgia es perpetua iluminación de vida, e incesante pulir de santificación y belleza. Y porque necesitamos de estas tres cosas, *vida, santidad y belleza*, junto todo en una resplandeciente *unidad humana*, por un sereno suelo junto al Verbo, por eso necesitamos de la Liturgia, de la vida litúrgica, del espíritu de la Liturgia, de las incomparables fiestas litúrgicas, de la participación activa en la Liturgia y en el apostolado Litúrgico. El "*Sacrificium laudis*" es una auténtica fuente de contemplación.

CARLOS A. DISANDRO.



dales que día tras día cerníanse sobre su cabeza, pudo decir como Jacobo, primer rey de Inglaterra, que en las asambleas del pueblo se le calumniaba, mas no por haber cometido crimen alguno, sino porque era rey; aquella que se miraba como el mayor de todos los crímenes.

Pero olvidemos a Luis por unos instantes para sacar de la historia un ejemplo perfectamente análogo a nuestro tema y apoyado por el testimonio luminoso de los escritores más veraces. María Estuardo, reina de Escocia, hija de Jacobo V, rey de Escocia, y viuda de Francisco XI, rey de Francia; tomó el título y se atribuyó todos los honores de los reyes de la Gran Bretaña que los ingleses habían ya conferido a Isabel. Una cantidad de historiadores relatan los tormentos que le hicieron sufrir las astucias y violencias de su rival y de los facciosos calvinistas. A menudo, en el transcurso de su larga cautividad, rehusó contestar al interrogatorio de los jueces, diciendo que una reina sólo a Dios debía dar cuenta de su conducta. Cansada de experimentar tantas y tan diversas vejaciones, respondió al fin y probó en inocencia de todas las crímenes que se le imputaban. Mas no por eso dejaron sus jueces de consumar la iniquidad que habían comenzado; dieron contra ella una sentencia de muerte como si hubiese sido culpable y *convicta*; y se vió entonces caer en el cadalso aquella real cabeza.

Benedicto XIV en el tercer libro de su Tratado de la beatificación de los servidores de Dios, capítulo D, número 10, razona así a propósito de este acontecimiento: "En la causa del martirio de esta reina fuese iniciada - lo que aun no se ha hecho - podría vararse de inmediato un argumento muy fácil en contra del hecho del martirio, recordando a la sentencia misma y a las impías voluntades que las heresias no han cesado de vanillar contra esta reina, públicamente Jorge Buchanan en su famoso libro titulado, 'María desmenuzada'. Mas si se estudia la verdadera causa de su muerte que debe imputarse al odio hacia la religión católica que se hizo fuerza consensuada en Inglaterra si María hubiese creído, si se considerara aquella constancia inquebrantable

con que se la vió rechazar todas las ventajas que se le ofrecía si abjuraba de la religión católica; si se contempla el admirable heroísmo con que supo morir, si se examina, como se debe, las declaraciones que hizo antes de su muerte y que reiteró en el momento del suplicio, sosteniendo que había vivido siempre en la fe católica y que gustosa vertía su sangre por este credo; en fin, si no se apartan, como en justicia no puede hacerse, las muy evidentes razones que no sólo prueban la faldada de los crímenes que se imputaban a la reina María sino que demuestran también que esta injusta sentencia de muerte no se apoyaba más que en calumnias y fué conmutada por el odio a la religión católica y para afirmar inmutablemente la herejía en Inglaterra, quizá se halle entonces, que no falta a aquella causa ninguna de las condiciones necesarias para comprobar un verdadero martirio.

San Agustín nos enseña que no es suplicio sino la causa del suplicio lo que constituye el martirio verdadero. Como consecuencia, Benedicto XIV después de haber demostrado al sus disposiciones para reconocer el martirio de María Estuardo, examina si para admitir un martirio es suficiente que un tirano, en su odio a la religión de Jesucristo, esté decidido a hacer morir a un cristiano aunque halle ocasión para infligir la pena de muerte en un pretexto a la fe o que por lo menos no pueda tener con ella más que relaciones accidentales; y Benedicto XIV se decide por la afirmativa por cuanto una acción no toma su verdadero carácter de la ocasión o de la causa impulsiva que la excita, sino de la causa final que la produce; basta, excita, sino de la causa final que la produce; basta, pues, para caracterizar un verdadero martirio que un perseguidor pronuncie una sentencia de muerte en su odio de la fe aunque la ocasión de la muerte haya sido determinada por otro motivo que, a causa de las circunstancias no interesa a la religión.

Volviendo ahora al rey Luis XVI, si es sería en es asunto la autoridad de Benedicto XIV, si han de tenerse grandes consideraciones por su opinión cuando se manifiesta dispuesta a admitir el martirio de María

Estuardo, ¿por qué no habríamos de pensar como él a propósito del martirio del rey Luis? Hay aquí efectivamente paridad de adhesión a la religión, paridad de alcance, paridad en el desastroso fin; debe haber también por consiguiente paridad de méritos. ¡Ah! ¿Quién podrá dudar jamás que este monarca ha sido inmolado principalmente por el odio de la fe y por un espíritu de furor contra los dogmas católicos? Desde hacia tiempo los calvinistas habían comenzado ya a conjurar en Francia la ruina de la religión católica. Mas para lograrlo era necesario preparar antes los espíritus y hacer beber a los pueblos aquellos principios impíos que los innovadores no han cesado de desparramar desde entonces en libros que no respiran más que perfidia y sedición. Con estas miras precisamente ligáronse a filósofos perversos. La asamblea general del clero de Francia de 1715 había descubierto y denunciado las abominables maquinaciones de todos aquellos artesanos de impiedad. Nosotros mismos también, desde el comienzo de Nuestro pontificado, previendo las execrables maniobras de un partido tan perverso, anunciamos el peligro eminente que amenazaba a Europa, en Nuestra carta encíclica dirigida a todos los obispos de la Iglesia católica, a los cuales habíamos en estas términos: "Arranca el mal de entre vosotros, es decir, aleja de la vista de vuestro rebaño, con gran fuerza y continua vigilancia, todos aquellos libros corrompidos". Si se hubieran escuchado Nuestras previsiones y advertencias no tendríamos que gemir hoy por el progreso de esa vasta conjuración tramada contra los reyes y los imperios. Aquellos hombres depravados perhirieron pronto que avanzaban rápidamente en sus proyectos, y reconocieron que el momento de cumplir sus designios había llegado al fin. Comenzaron a profesar abiertamente, en un libro impreso en 1757, la máxima de Hegues Roscoe o de otro autor que tomó en nombre, sentando de que era muy habida la de asesinar a un soberano que rehusaba abanzar la reforma o encargarse de la defensa de los intereses protestantes en favor de su religión. Como esta doctrina fué publicada poco



tiempo antes de que Luis cayese en el deplorable estado a que fue reducido, todo el mundo pudo ver entonces con claridad cual fué la primera fuente de sus desgracias. Es, pues, cosa probada que emanaron todas de los malos libros aparecidos en Francia y que han de mirarse como los frutos naturales de ese árbol emponzoñado.

Se ha publicado también, en la vida impresa del insipido Voltairé, que el género humano le debía eterna acción de gracias como al primer autor de la revolución francesa. Fué él —dícese— quien excitando al pueblo a sentir y a emplear sus fuerzas hizo caer la primera barrera del despotismo, el poder religioso y sacerdotal. De no haber quebrantado ese yugo, jamás se hubiera terminado —agregase— con el de los tiranos. Uno y otro hallábanse tan estrechamente unidos, que, derrumbado el primero, muy pronto había de caer también el segundo. Al celebrar como un triunfo de Voltairé la caída del altar y del trono se exalta la fama y la gloria de todos los escritores impíos como las de otros tantos generales de un ejército victorioso. Después de haber arrastrado del seno de su partido por medio de toda clase de artificios a una buena porción del pueblo y para atraerla más aún por la opulencia y las promesas —acaso para hacer de ella un juguete en todas las provincias— sirvieronse de una palabra espiciosa, "libertad"; enarbolaron sus trofeos e invitaron a la multitud a reunirse bajo sus banderas que desplegaron a todos los vientos. Esa es, en verdad, aquella libertad filosófica que tiende a corromper los espíritus, a depravar las costumbres, a trastornar todas las leyes y todas las instituciones recibidas. Fué por esta razón que la asamblea del clero de Francia manifestó tanto horror por semejante libertad cuando comenzó a infiltrarse en el espíritu del pueblo a través de las más falaces máximas. Por ese motivo Nos hemos creído en el deber de denunciarla y caracterizarla en estos términos en la antedicha carta encíclica: "Esos filósofos desenfundados se proponen quebrantar todos los vínculos que unen a los hombres entre sí, les unen a los soberanos y los contienen en el deber. Dicen y repiten hasta la saciedad que el hombre nace libre y no está sometido a la autoridad de nadie. Representan pues a la sociedad como un montón de idiotas cuya estolidez se prosterna ante los sacerdotes que los engañan y ante los reyes que los oprimen: de suerte que el acuerdo entre el sacerdocio y el imperio no es otra cosa más que una bárbara conjuración contra la libertad natural del hombre".

Estos abogados, objeto de las alabanzas del género humano, agregaron al falso y engañoso vocablo "libertad" otro, no menos sospechoso: "igualdad", como si entre los hombres que se han agrupado en sociedad, que tienen disposiciones intelectuales tan diferentes, gustos tan opuestos y una actividad tan desreglada y dependiente de su avaricia individual, no debiese haber alguien que reúna la fuerza y autoridad necesarias para construir, reprimir y volver al deber a los que de él se apartan; por temor de que la sociedad trastornada por tantas pasiones diversas y en desorden, no se precipite en la disolución. Como anarquía y no caiga enteramente en el acorde perfecto de la armonía que se compone con el acorde perfecto de muchos sonidos; y si no se sostiene en virtud de esta fiel correspondencia de las voces e instrumentos, degenera en ruido discordante y no es entonces más que una bárbara disonancia. Después de haberse erigido, según las expresiones de San Hilario de Poitiers, "como uno de los reformadores de las instituciones públicas, y los árbitros de la religión, siendo así que el principal objeto de la religión es por el contrario el de propagar por doquier el espíritu de sumisión y de obediencia", estos innovadores se propusieron imponer una constitución a la misma iglesia por medio de nuevos decretos, inauditos hasta nuestros días. De ese laboratorio salió aquella constitución sacrilega que refutamos, en Nuestra respuesta del 10 de marzo de 1791 a la exposición de principios suscrita por treinta obispos. Puede aplicarse convenientemente a este propósito aquellas palabras de San Cipriano: "¿Cómo es posible que los cristianos sean juzgados por herejes, los hombres sanos por enfermos, los illesos por los que recibieron heridas, los que están en pie por quienes cayeron, los jueces por culpables, los sacerdotes por sacrilegos? ¿Qué otra cosa queda por hacer sino someter la Iglesia al capitulo?" Todos los franceses que se manifestaban todavía fieles en todos los órdenes del estado y que rehusaban con firmeza el vinculase por un juramento a esa nueva constitución eran seguidamente abrumados de calamidades y destinados a la muerte. Hubo prisa en masacrarlos indistintamente. Infiltráronse los más bárbaros tratamientos a un gran número de eclesiásticos. Degolláronse obispos; y si quiere saberse con qué piedad y con qué respeto se los ha de venerar, se lo puede aprender por el ejemplo de Jesucristo mismo quien, según la observación de San Cipriano, "constantemente, hasta el último día de su muerte, honró a los pontífices y a los sacerdotes, aunque no hubiesen conservado el temor de Dios y no hubiesen reconocido al Mesías". Se inmoló un gran número de franceses de todos los estados. Los que fueron perseguidos con menos rigor se veían arrancados de sus hogares y relegados al extranjero sin distinción de edad, sexo y condición. Habiase decretado que cada uno podía profesar la religión que quisiera; como si todas las religiones condujeran igualmente a la salvación eterna; y sin embargo, la única religión católica era proscrita. Sólo ella veía correr la sangre de sus discípulos en las plazas públicas, en las cárceles y en sus propias casas. Hubiérase dicho que se había tornado en ellos un crimen capital. No hallaban seguridad alguna en los estados vecinos a donde iban en busca de asilo; se los veía cruzando, o se los volvía a Francia, a fuerza de amenazas y de perdidas. Pero es ese el carácter constante de las herejías. Ese ha sido siempre, desde los primeros siglos de la iglesia, el espíritu universal de los herejes, especialmente de

atrollado por las mantrobas tiránicas de los calvinistas que, con perseverancia, buscaron la multiplicación de sus prosélitos, por medio de toda clase de amenazas y de violencias.

Ante esta serie ininterumpida de impiedades que tuvieron su origen en Francia, ¿a ojos de quien puede no quedar demostrado que ha de imputarse al odio de la religión las tramas primarias de esas maquinaciones que hoy turban y sacuden toda Europa? Igualmente nadie puede negar que la misma causa determinó la muerte funesta de Luis XVI. Es verdad que se ha intentado cargar a este príncipe con muchos delitos de orden político. Mas el principal reproche que se le vantó contra él pesa sobre la inalterable firmeza con que rehusó aprobar y sancionar el decreto de deportación de los sacerdotes y sobre la carta que escribió al obispo de Clermont para anunciarle que estaba bien resuelto a restablecer en Francia, en cuanto fuera posible, el culto católico. ¿No hasta todo esto para que se pueda errec y sostener sin temeridad que Luis fué un mártir? La sentencia de muerte de María Estuardo se apoyaba igualmente sobre pretendidos crímenes contra el estado y el nombre de la religión se entremezclaba allí apenas. Sin embargo, Benedicto XIV, sin detenerse en las imputaciones que menciona el juicio, pensó que el odio por la religión había sido el verdadero motivo e incomparablemente el más decisivo de esta condena; y concluye, en consecuencia, que esta muerte presentaba una causa de martirio.

Pero, según lo que hemos entendido, acaso se opondrá aquí como un obstáculo perentorio al martirio de Luis, la aprobación que dió a la constitución civil del clero lo que ya hemos refutado en Nuestra antedicha respuesta a los obispos de Francia. Muchas niegan el hecho y afirman que cuando se presentó esta constitución a la firma del rey, vaciló éste, recogido en sus pensamientos y negó su sello; con el temor de que su firma produjese todos los efectos de una aprobación formal. Uno de sus ministros, a quien se nombra y quien el rey depositaba una gran confianza, le hizo ver que su firma sólo probaría la exacta conformidad de la copia con el original; de manera que, Nosotros, a quien esta constitución iba a ser inmediatamente dirigida, no pudiéramos, bajo ningún pretexto, concebir la menor sospecha sobre su autenticidad. Es esto también lo que insistió el mismo en su testamento cuando dice que el sello le fué arrancado contra su propio sentir. En efecto, no hubiera sido consecuente y se hubiera puesto en contradicción consigo mismo si después de haber aprobado, entonces gustosamente, la constitución del Clero de Francia la hubiese rechazado en seguida con la más inexcusable firmeza como la hizo cuando se negó a sancionar el decreto de deportación de los sacerdotes no juramentados y cuando escribió al obispo de Clermont manifestándole su propósito de restablecer en Francia el culto católico. Pero, sea lo que fuere de este hecho, pues no asumimos la responsabilidad de decidirlo, y aunque admitiéramos que Luis, inducido por una falta de reflexión o por error, aprobó realmente la constitución, ya que la suscribió ¿estaríamos por ello obligados a cambiar de parecer a propósito de su martirio? No, sin duda. Si tal designio tuviéramos, pronto Nos apartaríamos de él al considerar su retractación subsiguiente tan cierta como solemne, y su misma muerte que fué votada, como lo demostramos ya, bajo el odio de la religión católica; de manera tal que parece difícil que se pueda dudar nada de la gloria de su martirio. San Cipriano había adoptado, en un principio, sobre el veridismo de los herejes conceptos muy contrarios a la verdad; sin embargo, según palabras de San Agustín, quien los repite en muchos de sus escritos, Dios mismo ha separado con el hierro de un glorioso martirio todo lo que se debía cercenar de esa rama cubierta de frutos.

Otra tanto ocurrió cuando discutíandose en la congregación de los Ritos si podía oponerse al martirio de Juan de Brito de la compañía de Jesús, el uso, que en misión de Madura continuaba haciendo de los ritos chinos, cuando éstos ya estaban proscritos, los votantes no vacilaron en decidirse por la negativa. Declararon que esa consideración no implicaba ningún obstáculo puesto que entregándose al martirio había suficientemente retractado por la efusión de su sangre, su adhesión a los ritos chinos. Estuvieron divididos sobre la cuestión de saber si convenía publicar un decreto favorable del que fuera posible prevalecer en lo sucesivo para sostener que revocaba la condenación interior de esas ceremonias. Pero Benedicto XIV suprimió toda dificultad declarando que jamás podría deducirse del decreto que la intención de la Santa Sede estuviera en alejarse de las constituciones de sus predecesores que habían proscrito la liturgia china. Admite al mismo tiempo la retractación que el venerable Juan de Brito había suscrito, no con su mano sino con su propia sangre. Decidió así que el obstáculo que se oponía a la causa no impedía que se

continuara la instrucción ni el proceder luego al examen de la cuestión sobre el martirio así como a la discusión de los milagros que se decía fueron operados por su intercepción. El decreto correspondiente fué publicado el 2 de julio de 1741. Apoyado de Luis XVI, escribió considerando que la retractación de Luis XVI, hecha por su propia mano y comprobada así mismo por la efusión de sangre tan pura, era cierta e incontestable, no creemos alejarnos del principio de Benedicto XIV, es verdad, porque pronunciamos un decreto semejante al que acabamos de citar, sino porque persistentes en la opinión que nos hemos formado sobre el martirio de este príncipe, a pesar de cualquier retractación que hubiese dado a la constitución civil del clero.

¡Ah, Francia! ¡Ah, Francia! Tú, que Nuestros predecesores llamaban el "espejo de toda la Cristiandad, el incommovible apoyo de la fe; Tú que por tu celo hacia la Cristiana Fe y por tu piedad filial hacia la Sede Apostólica no marchas a la zaga de las otras naciones sino que las precedes a todas, ¿qué adversa Nos eres hoy! ¡Qué espíritu de hostilidad parece animarte contra la verdadera religión! ¡Cómo sobrepassa ya el furor de los testimonios los excesos de todos aquellos que se han mostrado hasta el presente como su más implacable persiguidores! Y, sin embargo, no puedes ignorar, ¡ohes persiguidores! que la religión es la custodia más segura y el fundamento más sólido de los imperios, puesto que reprime igualmente, los abusos de la autoridad en los príncipes que gobiernan, y los extravíos de la licencia, en los sujetos que obedecen. ¡Ah! Es por eso precisamente que los facinorosos adversarios de las prerrogativas reales procuran aniquilarlas esforzándose por derrumbar primero la fe católica.

¡Ah! ¡Una vez más, Francia! Antes, tú misma pedías un rey católico. Decías que las leyes fundamentales del reino no autorizaban reconocer un rey que no fuese católico. Y ahora tenías este rey católico; y precisamente ¡porque era católico acabas de asesinarlo!

Tu encono contra este monarca ha sido tal que su mismo suplicio no ha bastado para saciarlo ni apaciguarlo. Aún después de su muerte has querido marcarlo sobre sus tristes despojos, ordenando que su cadáver fuera transportado e inhumado sin ningún aparato de honorable sepultura. ¡Ah! En María Estuardo, por lo menos, aún después de su muerte se respetó la majestad real. Su cuerpo fué embalsamado, llevado a la ciudadela y colocado en lugar dispuesto para recibirlo. A sus oficiales y domésticos se les dió el orden de permanecer junto al ataúd con todos los signos de sus dignidades hasta que se hubiese preparado a esta princesa una sepultura conveniente. ¿Qué has ganado extirpándote a una animosidad que no pudiste satisfacer, como no sea atrarre más vergüenza, más infamia y provocar el resentimiento y la indignación generales de los soberanos, mucho más irritados al día de lo que pudieron estarlo contra Isabel de Inglaterra?

¡Oh, día de triunfo para Luis XVI a quien otorgó Dios paciencia en las tribulaciones y victoria en medio del suplicio! Tenemos la certidumbre de que ha cambiado la corona real, siempre frágil, y las flores de lis, pronto marchitadas, por una diadema imperecedera que los ángeles tejieron con inmortales azucenas.

San Bernardo nos enseña, en sus cartas al Papa Eugenio, su discípulo, lo que en estas circunstancias exige de Nosotros Nuestro ministerio apostólico, cuando le exhorta a multiplicar su atención "para que los incrédulos se conviertan a la fe, no se aparten ya los convertidos y aquellos que se han apartado vuelvan pronto por el camino recto".

A la vista tenemos también, como a modelo, la conducta de nuestro predecesor, Clemente VI, que no creyó en el castigo del asesinado de Andrés, rey de Sicilia; infligiéndole las más severas penas a sus matadores y a sus cómplices, como puede verse en sus cartas apostólicas.

Mas, ¿qué podemos intentar, que podemos esperar cuando se trata de un pueblo que no sólo no tuvo ninguna consideración por nuestras admoniciones, sino que hasta se ha permitido, con respecto a Nosotros, las ofensas, las usurpaciones y calumnias más indignas y la llegada, en fin, al exceso de audacia y delirio de fraguar, bajo Nuestro nombre, cartas supuestas, y perfectamente acomodadas con todos sus nuevos errores? Dejémosle endurecerse en tan deplorable depravación ya que tanto atractivo encuentra en ella; y esperemos que la sangre inocente de Luis clame, de alguna manera, e interceda para que la Francia reconozca y deteste su obstinación en acumular sobre sí misma tantos crímenes; y para que se acuerde de los terribles castigos que un Dios, justo vengador de las iniquidades, infligió a menudo a pueblos que cometieron atentados mucho menos considerables.

Estas son las reflexiones que estimamos más apropiadas para ofrecer algún consuelo en tan desolador desastre. Para terminar os invitamos al servicio solemne que celebramos con vosotros, como de costumbre, por el reposo del alma del rey Luis XVI. Aunque estas plegarias fúnebres puedan parecer superfluas cuando se trata de un cristiano que se cree ha merecido la palma del martirio, puesta que San Agustín dice que la Iglesia no ruega por sus mártires sino que más bien se congratula a sus oraciones, esta sentencia del santo ha de entenderse e interpretarse no con respecto a aquel que se reputa mártir por una persuasión puramente humana sino de aquel que con toda formalidad ha sido reconocido tal por un juicio de la santa sede apostólica. En consecuencia, venerables hermanos, se os indicará, por Nuestra orden, el día en que juntos y según la costumbre, proclameremos a oficiar en nuestra capilla pontificia los laudes públicos de su muy cristiana majestad, Luis XVI rey de Francia.

Tradujo para "Nuestro Tiempo" JOSEFINA M. S. P. DE TIERRA

## NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Aparece los viernes

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800